

# *Crónicas de Erehländ*

*La Reina Oscura*

*Cristina Puig*





*Crónicas de Erehländ*  
*La Reina Oscura*  
*~ Cristina Puig ~*

© Crónicas de Erehländ. La Reina Oscura.

© Cristina Puig Argente

© Presentación: Victoria Álvarez

© Ilustración de portada: Esther Sanz

© Ilustraciones: David Agundo Álvarez, Cristina Puig

© Logo de Erehländ: Beatriz Colom Poceiro

© Mapa: Chris J. Peake / Kharmedia (digitalización y rotulado)

Corrección y maquetación: Kharmedia

([www.kharmedia.es](http://www.kharmedia.es))

Primera edición: Septiembre 2012

© Kelonia Editorial 2012

Apartado de correos 56.

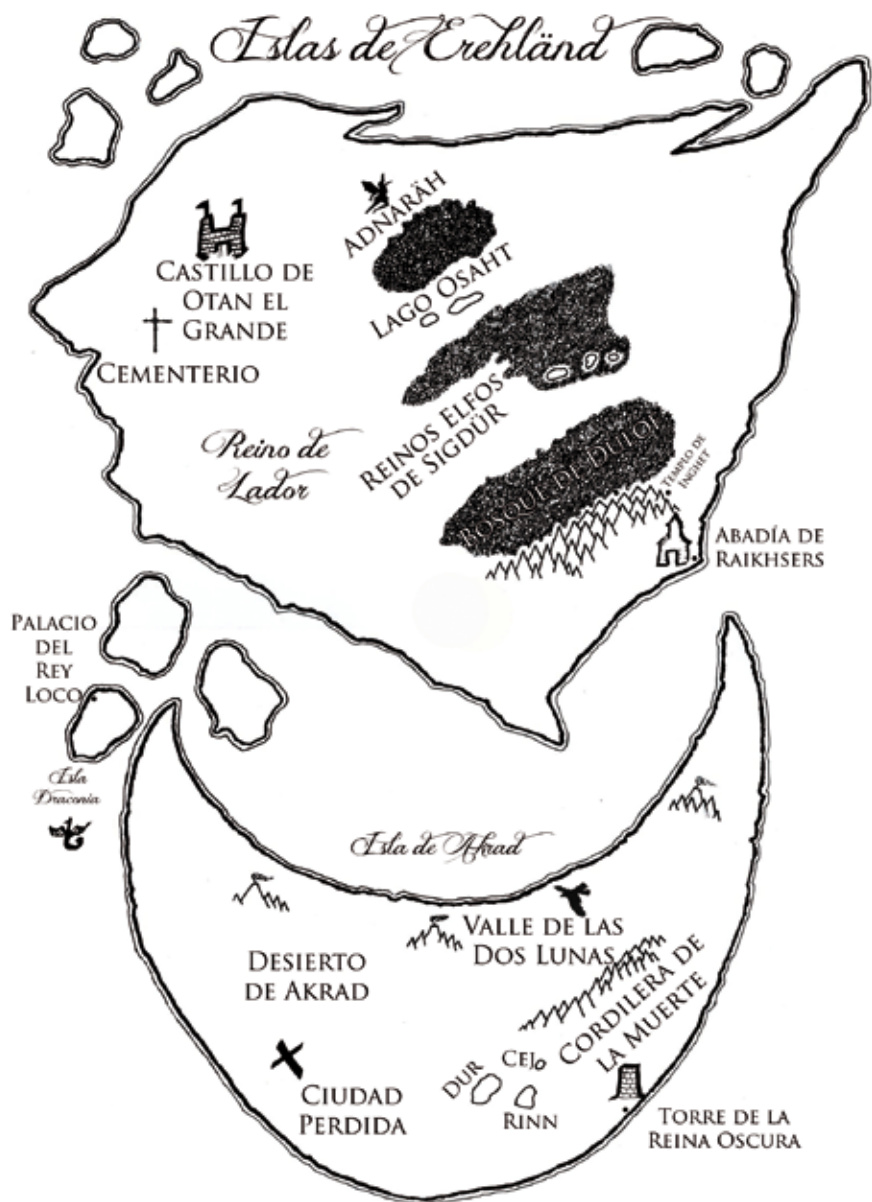
46133. Meliana (Valencia)

[kelonia.editorial@gmail.com](mailto:kelonia.editorial@gmail.com)

[www.kelonia-editorial.com](http://www.kelonia-editorial.com)

ISBN: 978-84-939945-4-9

Depósito legal:





A Jordi



«Ten cuidado con tus sueños:  
son la sirena de las almas. Ella  
canta. Nos llama. La seguimos  
y jamás retornamos».

Gustave Flaubert






# Presentación

Cuando Cristina Puig me pidió que escribiera un prólogo para esta primera parte de las *Crónicas de Erebländ* supe de inmediato que su historia no me decepcionaría. La conocía lo bastante bien como para adivinar la promesa que encerraban sus letras y que estoy convencida de que seguirá manifestándose en las siguientes novelas que escriba, especialmente si vuelven a pertenecer al género fantástico. La novela que ahora tienes en tus manos, como cualquiera podrá constatar en cuanto se embarque en su lectura, demuestra que la fantasía le viene como anillo al dedo, y que se trata de una voz que aún tiene muchas cosas que contarnos, capaz de crear universos poseedores de una riqueza visual de los que resulta difícil escapar para volver a nuestra realidad cotidiana.

Ha sido un largo camino el que ha recorrido el género fantástico hasta la fecha, y en el caso de Cristina Puig demuestra haberse convertido en un baluarte de la literatura que nunca dejará de interesar a las nuevas generaciones de lectores. Todos recordamos el momento en que asistimos por primera vez al Concilio de Elrond, aceptamos la mano que nos tendía Areyu para internarnos en Fantasía, recibimos con once años la carta de un colegio llamado Hogwarts y nos emocionamos con las peripecias de Jack, Victoria y Kirtash. Y en lugar de perder frescura con el paso de los años, cada una de las obras que constituyen este género ha demostrado que se encuentra más vivo que nunca, y lo que resulta aún más esperanzador, que lo seguirá estando durante mucho tiempo. *Crónicas de Erebländ* pertenece a esta misma tradición, y además demuestra que las aventuras en un mundo paralelo no tienen por qué interesar



solamente a los jóvenes lectores. Cada uno de los personajes que aparecen a lo largo de la historia posee una personalidad con la que los adultos también pueden identificarse. El hecho de que su *dramatis personae* cuente con criaturas fantásticas como las hadas y los dragones no hace que sus conflictos internos, sus deseos, sus dudas y sus miedos parezcan alejados de nuestra realidad; más bien al contrario, nos lleva a preguntarnos si nuestras propias preocupaciones no serán más universales de lo que pensábamos en un principio. Lo que tiene lugar en Erehländ no es simplemente un conflicto bélico contra el Ejército Negro de la Reina Oscura: es la lucha de Álex, un joven barcelonés como cualquier otro, por descubrir en quién se está convirtiendo una vez pisa ese “otro mundo”, y por encontrarse tanto a sí mismo como a un hermano al que un accidente también había dejado en coma. Es la persecución de un amor que parece imposible, la forja de la auténtica amistad y la lealtad hacia un reino del que de alguna manera nuestro protagonista se ha convertido en heredero. Anhelos propios de una persona de carne y hueso, y más viva que nunca pese a estar relegada a la cama de un hospital que demuestra ser demasiado pequeña para contener sus sueños.

Las descripciones presentes en la novela, por otra parte, reflejan a la perfección la formación académica de la autora. Licenciada en Historia del Arte y poseedora de un título de máster en Museología, Cristina Puig construye en sus páginas espacios mágicos que pese a pertenecer a un mundo distinto del nuestro recogen numerosos presupuestos arquitectónicos fácilmente reconocibles por todos. Del delicado encanto de un palacio de cuento de hadas al romanticismo de una abadía en ruinas que podría haberse escapado de un lienzo de Friedrich, los ambientes que ha creado dentro del mundo de Erehländ poseen una personalidad propia que encantarán a los más jóvenes y hará soñar a muchos adultos. La huella de Tolkien, Michael Ende y otros grandes de la literatura fantástica clásica también está presente en esta novela, digna heredera de una tradición que ha demostrado, una vez más, que se encuentra más viva que nunca, y que aún posee la capacidad de susurrar incontables historias a los nuevos talentos de la literatura juvenil.

Tal vez todos los lectores seamos como Álex en el fondo, y tengamos el don de escapar en sueños a una dimensión en la que lo imposible se hace posible. Dejémonos seducir por los cantos de

sirena que la pluma de Cristina Puig es capaz de conjurar; sentimos nacer en nuestro interior el espíritu de los Raikhsers, caminemos al lado de guerreros, hechiceras, elfos y hadas, cabalguemos a lomos de un dragón y puede que nos demos cuenta, al igual que el protagonista de nuestra historia, de que somos mucho más de lo que habíamos imaginado en un principio. Un universo entero nos aguarda; lo único que necesitamos es seguir la voz que nos permitirá abrir de par en par sus puertas.

No me queda más que animaros a emprender este viaje.  
¡Bienvenidos a Erehländ!

*Victoria Alvarez*  
*Salamanca, septiembre de 2012*







*Parte I*

*La luz*



# Prólogo

*En un tiempo lejano, en las islas que conformaban los Reinos de Erebländ convivieron en armonía toda clase de razas bajo el gobierno de los Raikhsers, poderosos dioses lobo que podían transformarse en elfos a voluntad. Estos designaron a distintos monarcas, para que cada uno de ellos velara por la paz y seguridad de una isla, pero con la llegada de la Guerra del Olvido, en la que se enfrentaron habitantes de Erebländ y Raikhsers contra seres oscuros procedentes de islas vecinas como Akrad, la armonía de los reinos se quebró. Quimeras, skymias y demonios, entre otras razas, esclavizaron a las pocas gentes que quedaron con vida. Y los Reinos de Erebländ quedaron sumidos en la oscuridad durante mucho tiempo.*

*Los únicos Raikhsers que sobrevivieron a la batalla se ocultaron en algún lugar de una de las islas de Erebländ, conocida como Lador, y nada se volvió a saber de ellos. El rey que la gobernaba, Otán el Grande, se encomendó a los pocos que quedaban con vida, escondidos. Les rogó que salvaran su reino de las garras de los oscuros, ya que era el último que les faltaba por conquistar. Estos aceptaron sus súplicas pero no se dejaron ver; respondieron al monarca a través de sus sueños. Una de las leyes Raikhsers decía que a cambio de usar su magia y poder para algún fin importante, se les entregaría un sacrificio a los dioses. Salvarían la isla, pero a cambio, Otán debía entregarles la vida de su primer hijo varón en cuanto naciera. El rey juró con lágrimas en los ojos que así lo haría.*

*Una antigua profecía del reino de Lador decía que solo aquel bebé que viera al mundo con la marca de los Raikhsers sobre una mano sería el elegido para salvar las tierras de Erebländ de la Oscuridad: un símbolo en forma de dos lunas enfrentadas.*

*Pasado un tiempo, la mujer de Otán, Bandia, dio a luz a un hijo varón al que pusieron por nombre Arliat. El pequeño nació con el símbolo de los Raikhsers sobre la mano derecha. Otán sabía que debía entregar su vida a los dioses para*

que salvaran sus dominios, pero por otra parte mantenía la esperanza de que al crecer, su hijo pudiese salvar todas las tierras de Erebländ y librarlas del mal, tal como anunciaba la Profecía. Así que tomó una decisión: no entregar la vida del pequeño.

Pasaron los días y nada sucedió hasta que una noche, mientras el rey dormía plácidamente junto a su mujer en su lecho, un Raikhsers, transformándose a voluntad en elfo, entró en el castillo, accedió a la alcoba real y se llevó al bebé que dormía en su cuna. Instantes después, Otán y Bandia despertaron sobresaltados al oír su llanto, pero ya habían desaparecido. Hicieron todo lo posible por encontrar a su hijo. Otán envió a sus soldados a las islas vecinas, donde la mayoría murió a manos de criaturas oscuras, e hizo buscar a Arliat por todo Lador sin obtener resultados.

La isla de Lador se mantuvo así protegida por la magia de los Raikhsers. Los oscuros no podían acercarse a ella, pero Otán había roto su juramento y los conjuros no duran eternamente...





# Introducción

**Barcelona. Día 22 de diciembre. 07:30 horas**

La ciudad despertaba bajo brumas de niebla, mientras el teléfono móvil de Estela sonaba con insistencia sobre la mesita de noche de su habitación. Abrió sus grandes ojos azules, descolgó el auricular y respondió con dejadez.

—Siento despertarte Estela, no lo haría si no fuese importante — dijo su amigo Álex.

—¿Qué pasa? Es muy temprano... —expuso ella, mientras se desperezaba comenzando a sentirse inquieta. Presintió que algo no iba bien.

Álex era su mejor amigo. Estudiaba Historia del Arte en su misma facultad. Se ganaba la vida compaginando sus estudios con un trabajo de noche como acomodador en un cine de la ciudad. Su piel tostada y el color de sus ojos recordaban al de la tierra mojada. Vestía con frecuencia ropa oscura, tejanos y deportivas Converse de color negro. Estela siempre bromeaba preguntándole si no tenía nada más que ponerse.

Aunque era muy popular entre las chicas del instituto por ser muy atractivo y buen estudiante, era una persona tímida y solitaria que no se sentía cómoda entre multitudes. Además, hacía poco tiempo que su hermano Max había quedado ingresado en el hospital a causa de una grave enfermedad. Max presentaba un nivel muy alto de estrés cerebral y corporal, por ello tuvieron que sedarlo; permanecía en estado de coma inducido. Ese era el motivo por el que Álex se había encerrado en sí mismo y podía parecer algo esquivo. A la única persona a la que no

había dado la espalda era a su mejor amiga, Estela, a la que conocía desde que era niño.

—Necesito contarte una cosa.

En su voz se adivinaba que algo no marchaba bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, preocupada.

—He vuelto a tener ese sueño de nuevo. El mismo que tuvo Max días antes de que lo indujeran en el coma. ¡Esa maldita pesadilla no me deja en paz! Esta vez ha sido demasiado real.

—¿Puedes darme más detalles? —preguntó Estela retorciendo con el dedo uno de sus dorados bucles, mientras lo escuchaba con atención.

—Estaba durmiendo cuando de pronto desperté sobresaltado, y una extraña sensación me invadió; sentí que no estaba solo en la habitación. Miré a mi alrededor, pero no había nadie más. Me disponía a apagar la luz, cuando me percaté de que el balancín que estaba a los pies de mi cama se mecía solo. Pensé que un golpe de aire pudo haberlo movido, pero comprobé que la ventana estaba cerrada. Inspeccioné los armarios y miré debajo de la cama, sin obtener resultado. Entonces creí que estaba demasiado sugestionado y que lo mejor que podía hacer era intentar dormir. Pero cuando me disponía a conciliar el sueño apareció frente a mí, a los pies de mi cama. Vi a la mujer vestida de negro y sentí la mirada de la muerte.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Estela. La curiosidad la devoraba.

—Una melena negra ocultaba parte de su rostro, muy pálido. Sus penetrantes ojos grisáceos se clavaron en mí como agujas. Se acercó despacio, rozando el suelo con su túnica oscura, se paró y me acarició la mejilla. Su tacto frío me heló la sangre y el miedo me paralizó.

Pocos días antes de que sedaran a mi hermano, me contó que vio a esa misma mujer a los pies de su cama. Estoy aterrado Estela, tal vez sea tan solo una pesadilla o producto de mi imaginación, pero es muy casual que su descripción coincidiera perfectamente con lo que he visto. No puedes imaginar cómo lo echo de menos, ojalá despierte algún día —dijo Álex, sin poder evitar que sus ojos se enrojecieran.

—Te creo, Álex, pero tal vez sea todo una casualidad, es solo un sueño —afirmó ella, intentando calmarlo.

—En fin, nos vemos en clase, te dejo dormir un poco



más. Perdóneme por haberte despertado tan pronto —dijo él, excusándose.

Aquella mañana, al salir a la calle, Álex trató de olvidar la visión dejando que la brisa acariciara su rostro mientras observaba el bullicio de la ciudad. El día transcurrió tranquilo. Cogió el metro y se encontró con Estela en la Universidad, fueron a clase y comieron un menú en el bar como hacían habitualmente. Al terminar, se despidieron y él fue a dar un paseo. Le gustaba perderse entre los estrechos callejones del casco antiguo y tomar un café frente al templo de Santa María del Mar. Cosas como aquella, que tal vez parecieran triviales a ojos de otras personas, a él lo hacían feliz.

Al regresar a su apartamento se duchó, cogió un libro de una estantería, *La Historia Interminable*, y se dispuso a leerlo tumbado en el sofá. Pero era demasiado difícil concentrarse en la lectura cuando la inquietud lo devoraba por dentro. Recordar aquel sueño aterrador lo inquietaba en exceso. Entonces optó por ponerse a preparar la cena, ya que más tarde entraba a trabajar en el cine.

Se disponía a salir de casa cuando recibió una llamada de Estela: —¿Cómo te encuentras? ¿Estás más tranquilo? Se me ha ocurrido que hoy podría acompañarte al trabajo, si te apetece. He estado estudiando toda la tarde y necesito dar un paseo para despejarme.

—Estoy bien, no te preocupes. Solo fue una pesadilla, supongo que aún estoy bastante sugestionado por lo de Max. Por cierto, me gustaría que mañana antes de clase me acompañes al hospital a verlo. Bueno, si te parece bien te recojo hoy a las ocho y media en tu casa —respondió Álex, tratando de restar importancia a todo aquel asunto de la mujer, que deseaba olvidar cuanto antes.

El turno de acomodador comenzaba a las nueve. No era el tipo de trabajo que había soñado tener, pero eso y una pequeña herencia le permitían pagar el alquiler de su apartamento y cubrir los gastos que antes compartía con su hermano. Max permanecía ingresado en estado de coma inducido. Ello había supuesto un golpe demasiado duro en la vida de Álex, pero mantenía la esperanza de que algún día despertara.

La noche ya había cubierto la ciudad cuando pasó a recoger a su amiga. Los comercios estaban cerrando sus puertas. Comenzaba a llover con insistencia así que aligeraron el paso. Cruzaban una calle de doble sentido cuando de pronto Álex se quedó parado en el centro, con la mirada fija sobre algún punto. Un automóvil se



aproximaba a gran velocidad hacia él, pero no parecía reaccionar. A los pocos segundos el coche lo arrolló asestándole un fuerte golpe en la cabeza y se dio a la fuga, a toda velocidad. Estela, que se encontraba unos metros atrás, contemplaba la escena aturdida, viendo cómo el chico se elevaba en el aire y a continuación caía rodando sobre el suelo.

El cuerpo de Álex yacía sobre la calle encharcada, tendido sobre el asfalto. Por suerte, en aquel momento no pasaban más vehículos. Estela llamó desde su móvil a una ambulancia. Esperaba, conmocionada, mientras sus lágrimas se precipitaban sobre el cuerpo mojado del chico, mezclándose con la lluvia.

Al ver que tardaba en llegar pensó en reanimarlo, pero optó por esperar mientras los nervios la corroían. Al cabo de unos minutos llegó el vehículo, del que bajó un enfermero.

Ella le explicó lo sucedido, intentando serenarse.

—Un coche lo ha arrollado. Tan solo he visto cómo le golpeaba la cabeza y su cuerpo salía despedido. Enseguida les he llamado, no sabía qué hacer. Estoy demasiado nerviosa.

El enfermero le pidió que se tranquilizara. Examinó el cuerpo de Álex y practicó la respiración cardiopulmonar. Tras varios intentos fallidos, otros dos enfermeros bajaron de la ambulancia y lo cargaron en una camilla. Uno de ellos habló, dirigiéndose a Estela.

—Acompáñenos al hospital, por favor.

Ella se cubrió los ojos con las manos, lanzando un profundo sollozo, y después de asentir con un movimiento de cabeza subió a la ambulancia. En su interior continuaron intentando reanimarlo, mediante masaje cardíaco.

El cuerpo de Álex permanecía inmóvil en la camilla. Su mirada había quedado perdida sobre algún punto. Sin embargo, en aquel momento se sentía consciente; estaba viendo a los enfermeros y todo lo que ocurría a su alrededor. ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba pasando?, se preguntaba. Estela lloraba a su lado, desconsolada. Álex trató de dirigirle unas palabras pero no podía oírlas, no respondía ni lo miraba. Su cuerpo físico no reaccionaba ante nada pero él sentía que estaba vivo. Había quedado atrapado como si estuviera dentro de un sueño del que no era capaz de despertar. Contemplar el llanto de su mejor amiga lo desgarraba por dentro y se sentía impotente.

—¡Estoy vivo! ¿Estela, puedes oírme? Díselo a los médicos,



¡estoy vivo! ¡Mírame, maldita sea! —gritaba, inútilmente, pero con todas sus fuerzas. Intentó mover sus extremidades poniendo todo su empeño, pero no obtuvo resultado.

Llegaron al hospital y obligaron a Estela a entrar en una sala de espera, mientras lo conducían al quirófano. Al cabo de unos minutos, un doctor de pelo canoso y gafas diminutas se dirigió a ella.

—Lo siento. Está inconsciente. Es incapaz de reaccionar ante cualquier estímulo.

Estela rompió en llanto. La tristeza y la desolación se instalaron en su interior. ¿Quién cuidaría de Álex y de su hermano Max, que también estaba en aquel hospital? No tenían familia, así que la única que podía hacerlo era ella. Y estaba dispuesta.

Mientras a Estela se le desgarraba el corazón, Álex continuaba en el quirófano con la misma sensación de impotencia y rabia. Se sentía consciente interiormente, pero de cara al exterior parecía haber muerto. Continuó gritando desesperado que estaba vivo, pero nadie fue capaz de oírlo.





## *El reino de Lador*

**D**e pronto la mente de Álex quedó en blanco durante unos segundos. Poco después abrió los ojos y no pudo dar crédito a lo que contempló. Se encontraba tendido en el suelo, rodeado por lápidas y cruces de piedra. Un manto de hojas recubría prácticamente la totalidad de su cuerpo. Sintió frío y estornudó. La humedad devoraba aquel lugar.

—Un cementerio... —musitó, mientras lo invadía una sensación de angustia.

Desde allí divisó un castillo monumental, ubicado frente a un extenso lago cristalino y semioculto por un manto de niebla. Sus torres estaban rematadas en forma de cabezas de águila y flanqueaban la edificación, como protectoras de un antiguo templo; el sol parecía encenderlas. Muy cerca de la construcción se alzaban diversos habitáculos de piedra, de planta rectangular y cubierta a dos aguas. Más allá del castillo y las casas, se extendía una masa de bosques infinitos. Allí permanecían ocultos los reinos de una de las razas más características de Lador: los elfos de Sigdür.

Álex se incorporó y se limpió el cuerpo de hojarasca, mientras un escalofrío lo recorría de pies a cabeza. Al ver sus ropas se dio cuenta de que ya no vestía vaqueros ni camiseta, sino una cota de malla con pantalón a juego sobre la que portaba una ceñida casaca de terciopelo

azul, con bordados dorados en forma de hojas. En sus pies lucía unas botas de piel. Sus ropas habían cambiado, también él. Sus manos, rostro y compleción no eran los mismos.

«¿Dónde estoy? Mi cuerpo... ¿Es esta la vida que se oculta tras la muerte?». Apenas tuvo tiempo para buscar respuesta a sus preguntas. Un intenso gruñido retumbó rompiendo el silencio, desviándolo de sus pensamientos. Los ojos color sangre de un enorme lobo negro que se encontraba frente a él se clavaron fijamente sobre los suyos. Parecía dispuesto a devorarlo en cualquier momento. El miedo lo paralizó y fue incapaz de reaccionar. El animal se relamió mostrando sus colmillos apuntados como agujas, arqueó el lomo, su pelaje se erizó y se acercó más. Los latidos del corazón de Álex se desbocaron; estaba aterrado. En aquel momento, detrás de él, apareció un guerrero de estatura mediana enfundado en una armadura oscura, que sostenía entre sus manos una espada con la hoja dentada, algo más larga de lo normal. Su rostro cadavérico denotaba que no era humano. Miraba a Álex dispuesto a acabar con su vida. En el instante en que se dispuso a hacerlo, los ojos del lobo brillaron con intensidad, el animal pareció volverse loco y emitió un aullido. A continuación, dando un salto en el aire, le propinó un zarpazo en la mejilla a Álex con una de sus enormes garras y se abalanzó sobre el guerrero oscuro, que cayó al suelo y comenzó a pelear contra la bestia.

Álex quedó aturdido contemplándolos, pero algo desvió por unos segundos su atención, el sonido provocado por las pisadas de caballos que se acercaban. Sobre ellos montaban dos soldados armados hasta los dientes. Mientras el lobo y el guerrero continuaban forcejeando en el suelo, el chico aprovechó el momento para levantarse y corrió hacia los jinetes.

—¡Ayudadme por favor! —rogó gritando.

—¿Quién eres tú? No pareces un vulgar ratero con esas ropas... ¿Qué haces en el cementerio de Lador, no sabes que este lugar es peligroso? ¡Rápido, sube a mi caballo! —dijo uno de los jinetes, mientras la lucha proseguía.

Álex hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mostrando que lo había entendido y montó a lomos del caballo. Entonces se dio cuenta de que una larga y lacia melena de fuego caía sobre sus ropas, y de que sus manos eran más grandes y sus dedos más alargados. No tenía la menor duda de que físicamente no era él







mismo. Sobre la mano diestra lucía un tatuaje en forma de dos lunas crecientes enmarcadas por un círculo.

—¿Qué es esto? Qué extraño símbolo...—susurró al verlo.

De pronto, oyeron un gruñido estremecedor y contemplaron a lo lejos un estallido de sangre. La espada del guerrero-sombra había atravesado el cuerpo del lobo. Aquel animal que marcó el rostro de Álex, también le había salvado la vida.

—Cada día son más los guerreros del Ejército Negro que merodean cerca del castillo —aseguró el otro soldado.

—¡Vamos! Si no nos damos prisa el rey Otán se enojará con nosotros, y cuando lo hace pierde el control por completo —advirtió su compañero.

El viento comenzó a soplar como el silbido de un dios enfurecido, enturbiando el silencio predominante en aquel lugar. Una bandera, con el mismo símbolo que llevaba Álex tatuado en la mano, ondeaba al viento en lo alto de una de las torres del castillo de Otán, donde hacían guardia dos centinelas que advirtieron su llegada.

Los soldados, seguidos por Álex, llegaron ante el portón que fue abierto desde dentro por diversos centinelas. En el centro de un patio de armas, que recordaba a un claustro monástico, los esperaba con impaciencia Otán el Grande, rey de Lador. Álex observó que sobre los capiteles de las columnas aparecían gárgolas labradas, mostrando expresiones aterradoras.

Un rayo de luz acentuaba el brillo de la blanca melena de Otán que, al verlos, hizo un gesto para que se acercaran. Su barba nívea también resplandecía sobre suntuosos ropajes de terciopelo granate, en los que se distinguía bordado el emblema de Lador: las dos lunas enfrentadas, enmarcadas en un círculo.

Uno de los soldados tomó la palabra:

—Majestad, lo encontramos en el cementerio tendido en el suelo. Desconocemos su identidad.

—Curioso. ¿Qué te trae a mis dominios, muchacho? —preguntó el rey, intrigado—. Estás herido, ¿qué te ha ocurrido?

—No es nada, solo un pequeño zarpazo de un lobo —respondió Álex, restándole importancia al asunto.

—Espero que no seas un vulgar saqueador disfrazado —afirmó el rey.

—No majestad, yo... en realidad yo...



Álex no sabía que decir; no podía creer que aquel anciano monarca, que parecía entrañable, se dirigiera a él. Deseaba contarle su verdadera historia, pero algo se lo impedía.

—¡Llevallo a las mazmorras y tiradle un poco de la lengua! —ordenó Otán, enojado al ver que no quería explicarse. Los soldados lo asieron de los brazos con fuerza.

—¡Dejadme en paz! —gritó Álex, que logró desasirse del brazo de uno de ellos y le propinó con fuerza un puñetazo en la cara.

—¡Maldito niño, me ha roto la nariz! —exclamó enfurecido el soldado, sangrando mientras su compañero lograba sujetarle de nuevo ambos brazos.

—Tiene carácter —afirmó, sonriendo.

En aquel momento, Otán se dio cuenta de que el chico lucía sobre su mano derecha un tatuaje con la marca de los Raikhsers y de su reino: las dos lunas enfrentadas. Entonces ordenó, tajante:

—¡Suéltalo!

Se acercó a Álex y lo examinó con detenimiento, observando al detalle sus rasgos durante unos segundos. A continuación, en los ojos del rey se dibujó una tristeza que traspasó el corazón del joven. Cayó de rodillas frente al muchacho, mostrando una expresión de asombro, y juntó con lentitud las manos en actitud de implorar perdón.

—¿Qué hacéis, majestad? —se atrevió a preguntar uno de los soldados, mirando a su compañero y haciendo un gesto como si el monarca se hubiera vuelto loco.

—¡Silencio!, dejadnos solos —ordenó Otán a los soldados, que se retiraron al instante.

—¿Estáis bien? —preguntó Álex, intentando ser cortés.

El rey asintió con la cabeza. La emoción lo embargaba y apenas podía hablar. Se levantó sin dejar de mirarlo con orgullo y logró articular unas palabras.

—Por todos los dioses, Arliat, hijo mío... ¡Estás vivo! Siempre mantuve la esperanza de que los Raikhsers no acabaran con tu vida. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Creímos que habrías muerto.

—Un momento. Me estáis confundiendo con otra persona... en realidad, yo no soy Arliat —Otán lo interrumpió. Mientras lo abrazaba efusivamente, dijo:

—Debes saber que tu madre nunca perdió la esperanza de que estuvieras vivo. Murió meses después de tu desaparición, cuando

aún eras un bebé. Una grave enfermedad se la llevó, aunque yo pienso que fue la tristeza. Poco antes de morir me suplicó que si algún día te encontraba, te contara una cosa. Así que ahora mismo voy a hacerlo.

Álex no podía creer toda aquella historia. ¿Lo estaban confundiendo con el hijo de un rey que había desaparecido cuando era un bebé? En aquel momento no pudo decir nada, la curiosidad se apoderó de él; quiso saber más y calló.

—Nuestro reino, Lador, está en peligro. La magia de los Raikhsers se debilita por momentos y ya no alcanza apenas a protegerlo. La culpa es mía por no mantener el juramento. Discúlpame... Tal vez no me entiendas si te lo explico así. Arliat, según una antigua Profecía de Lador, has sido elegido para liberar las islas de Erëhland del influjo de la oscuridad y del Ejército Negro. Los guerreros-sombra que lo forman se aproximan cada vez más a mi castillo y mis ejércitos ya no son capaces de hacerles frente. Además, en los bosques de Lador yace oculto Adnaräh, el reino feérico, bajo las raíces del Gran Árbol. Intento proteger por todos los medios una pequeña colonia de hadas que son sus habitantes, pero los oscuros han descubierto su morada y ya han capturado a algunas de ellas. Si todo sigue igual, Adnaräh caerá, y todo el reino de Lador caerá con él.

—Majestad. Tiene una visita. Sëthren, monarca de los Reinos Elfos de Sigdür —anunció un soldado, irrumpiendo en la sala.

—Hacedlo pasar —ordenó Otán.

Álex no podía creer todo lo que acababa de oír. Por un instante deseó regresar a Barcelona junto a Estela y continuar su vida como si nada hubiese sucedido, sin embargo la curiosidad lo devoraba. Necesitaba saber algo más sobre todo lo que estaba ocurriendo, así que preguntó:

—¿Quiénes son los guerreros-sombra?

El rey respondió en un tono desolador.

—Asesinos sin alma al servicio de Meila, la Reina Oscura. Debo explicarte algo, préstame atención, hijo. Más allá de los confines de Lador existe una isla que flota sobre el universo conocida como Akrad. En ella se extiende un desierto en el que se alza la morada de Meila y su Ejército Negro. Tiempo atrás, en ese mismo desierto, existió una ciudad en la que se custodiaba un libro mágico que perteneció a una poderosa bruja llamada Sakkurna. Se cree que



dicha obra contenía el conjuro para alcanzar la inmortalidad del ser. Pero la ciudad desapareció misteriosamente y también el libro. La reina Meila se instaló en el desierto con la esperanza de encontrarla y hallar el libro. Los guerreros-sombra la ayudan en su búsqueda.

—¿Y quién es la Reina Oscura? ¿Para qué quiere el libro? ¿Por qué ataca tus dominios? —preguntó el chico desconcertado, ya que no terminaba de entender del todo las palabras de Otán.

—Son muchas preguntas, jovencito. Yo se lo explicaré al muchacho, si me permitís —interrumpió una voz.

—Sëthren, sed bienvenido —dijo Otán, a la vez que se dibujaba una sonrisa en su rostro.

Al ver al elfo, Álex no supo cómo reaccionar; no podía creerlo. Tan solo había leído sobre aquella raza en algunas de sus novelas favoritas de género fantástico.

En su mirada viva e inquieta se adivinaban imperios de sabiduría oculta. Su rostro fino denotaba una expresión de intensa serenidad, que le transmitió confianza.

—El tiempo se agota, la muerte se abalanza sobre él y se acerca hacia nosotros sin piedad, mostrando sus ojos vacíos —respondió el elfo, mientras se acercaba a ellos muy despacio.

Al llegar frente a Otán, realizó una elegante reverencia dejando caer su larga melena albina sobre su túnica blanca, recubierta por pieles, y le besó el anillo de oro y rubíes que lucía en el dedo índice de la mano diestra. Entonces prosiguió con la explicación que el monarca ofrecía al chico.

—La reina Meila es una mujer sin corazón que todo lo puede en el mundo del sueño. Obliga a tener pesadillas a los seres humanos y aparece en ellas. En ocasiones los hace perecer mientras duermen, o bien los hace enfermar, para robar después su alma. Meila busca la ciudad perdida en el desierto de Akrad y el libro de Sakkurna, porque anhela conseguir el conjuro de la inmortalidad. Ingiere almas de seres porque cree que la ayudarán en el proceso de adquirir la inmortalidad más rápido, para cuando realice el conjuro. No parará hasta absorber la de todos los habitantes de Erehländ y apoderarse del reino de Lador. Es el único de las islas de Erehländ que aún no ha dominado.

Después de la explicación, el elfo describió con detalle cómo era la reina físicamente, y al chico le vino a la mente la imagen de la mujer que había visto en sus pesadillas, la misma que apareció en



los sueños de su hermano Max durante su enfermedad. Entonces sus dudas se disiparon y todo pareció tomar sentido. Comprendió que aquella mujer que atormentó a su hermano le provocó también la enfermedad. Entonces le vino a la mente un pensamiento: tal vez Max se encontraba atrapado en aquel mundo extraño, como él.

—En ocasiones la Reina retiene a algunos seres por un tiempo en su torre, antes de ingerir su alma. Otros no corren tal suerte. Cuando ya la ha absorbido, aprovecha el cuerpo físico transformándolo en una sombra que formará parte de su Ejército Negro.

«Entonces es posible que mi hermano continúe con vida. Tal vez lo tenga retenido en la torre y todavía no le haya robado el alma. Debo averiguarlo», pensó Álex, mientras recordaba la visión de la mujer en su habitación y un escalofrío lo recorría de pies a cabeza.

—El motivo de mi visita no es otro que advertiros de que los guerreros-sombra están capturando a elfos de mis dominios, los bosques de Sigdūr. Si no hallamos pronto una solución, acabarán con todo el reino. ¡No hay tiempo! La muerte nos pisa los talones y ni aunque sumemos todas las fuerzas de los ejércitos de Lador, mis soldados y demás razas, jamás serían comparables a las del Ejército Negro. ¿Existe alguna solución? ¿O debemos resignarnos? —preguntó el elfo, mirando al rey.

Otán, que se sentía impotente frente a aquella situación y no sabía qué hacer al respecto, se dirigió a Álex.

—¡Ayúdanos hijo! Solo tú puedes hacerlo. Llevas la marca de los Raikhsers, eres el Elegido; el único capaz de liberar a todos los seres que han capturado y devolver la paz a los reinos de Erehländ. Yo no conozco la isla flotante de Akrad, nunca estuve allí, pero sé que cuando llegues contemplarás en el cielo dos lunas como las que llevas tatuadas —explicó Otán.

—Debo marcharme ya. Espero tener pronto noticias vuestras —afirmó Sëthren, que realizó una reverencia ante ellos y se retiró de la fortaleza.

Álex continuaba creyendo que todo aquello era producto de un sueño del que tarde o temprano despertaría.

«Tal vez aún pueda encontrar a Max y salvar las islas de Erehländ. Si acepto el cometido de Otán podría liberarlos del Ejército Negro, aunque en realidad no sé luchar...».

«*Ahora sí que sabes, te lo aseguro*». Afirmó una voz con firmeza en su propia mente.



«¿Qué? ¿Quién está hablando?... Pero, ¿cómo explicarle al rey que no soy Arliat, sino Álex, y que no soy un guerrero, sino un humano que se encuentra atrapado lejos de su mundo. Si lo hago me tomará por loco, está convencido de que puedo ayudarlo, tiene una fe ciega en ese Arliat. Me temo que un joven como yo no tiene mucho que ofrecer en un mundo como este».

*«Te equivocas. Ahora sí. Eres Arliat y un buen guerrero, puedes ir haciéndote a la idea».* Susurró de nuevo aquella voz.

«Creo que me estoy volviendo loco. ¿Por qué puedo oírte en mi cabeza? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?».

*«Quiero ayudarte. Soy Arliat, el hijo de Otán; bueno, en realidad soy su espíritu. Ya te explicaré por qué te elegí a ti. Yo te ayudaré a salvar el reino. Te guiaré en tu camino, pero debes aceptar el cometido de mi padre».*

El rey avanzó unos pasos, de pronto se paró en seco y ordenó:  
—Sígueme, hijo. Necesito que conozcas a alguien.

